

El origen político de la violencia revolucionaria

The Political Origins of Revolutionary Violence

DOI: 10.62174/cm.11341

por Jorge Lofredo*

Recibido: 29/1/2026 - Aceptado: 3/4/2026

Resumen

Una hipótesis generalmente aceptada sostiene que la violencia revolucionaria de la década de los setenta en Europa occidental tuvo lugar como producto de las manifestaciones de mayo 68; un argumento recurrente que al invertir la fórmula la conclusión se torna interrogante, ya que es imposible establecer que no hubiese tenido lugar sin el acontecimiento como prólogo. En el presente trabajo se imprimirá mayor énfasis a situaciones específicas que no se les ha otorgado relevancia y se priorizará que entre ambos acontecimientos se produjo una ruptura, un salto entre ejercicios de violencia social y la práctica de una violencia revolucionaria, ya que nunca ha sido igual manifestarse masivamente contra el orden establecido que confrontar militarmente al Estado. El protagonismo político había variado sustancialmente.

Palabras clave: 1968, violencia social, ruptura, *groupuscules*, terrorismo.

Abstract

A generally accepted hypothesis holds that the revolutionary violence of the 1970s in Western Europe was a product of the May 68 demonstrations; a recurring argument that, when the formula is reversed, turns the conclusion into a question, since it is impossible to establish that it would not have taken

* Licenciado en Ciencia Política. Universidad de Buenos Aires.



place without the event as a prologue. This paper will place greater emphasis on specific situations that have not been given relevance and will prioritize the fact that between the two events there was a rupture, a leap between exercises of social violence and the practice of revolutionary violence, since mass demonstrations against the established order have never been the same as military confrontation with the state. Political protagonism had changed substantially.

Key words: 1968, Social Violence, Breakup, *groupuscules*, Terrorism.

I. Introducción

Establecer vínculos entre los sucesos del 68 y la violencia revolucionaria de la década siguiente resulta un lugar comúnmente aceptado, abordado desde diferentes perspectivas, pero con respuestas semejantes. El argumento que parece haber alcanzado consenso concluye en la radicalización de la agitación estudiantil -no se abordarán aquí las iniciativas de carácter étnico, territorial o nacional- cuyo desenlace fue el terrorismo, como si se tratase de un destino manifiesto. No obstante, una línea diferente de investigación emerge cuando se establecen otras prioridades que han sido consideradas como variables políticas secundarias; esto es: la violencia revolucionaria emergió como la necesidad de establecer un nuevo parámetro del conflicto, ahora revolucionario y armado, respecto al reflujo del movimiento del 68. El enfrentamiento ya no será generacional-subversivo, que planteaba cambiar el mundo y asaltar los cielos, sino la toma del poder: otra dimensión en la confrontación que de ahora en más será estrictamente política, producto de una distancia insalvable entre la difusa idea de revolución que sobrevoló los sesentas y la doctrina hacia donde se encaminaron los setenta. No fueron suficientes las consignas para subvertir el *statu quo* y



con esa lectura política a cuestas tomó cuerpo la decisión de disputa del monopolio estatal. Una lectura que expresa una decisión trascendental, la lucha armada: el *salto* desde una realidad hacia otra.

Entre el asalto a los cielos y la cruda convicción que el poder nace de la boca del fusil emerge la *ruptura* entre épocas. Una distancia que puede ilustrarse entre *El hombre rebelde* de Albert Camus, que sintetiza el espíritu de los convulsos sesentas y la violencia revolucionaria de la década posterior en Europa occidental. El *salto* lo sintetiza Jean-Paul Sartre, en su prólogo de *Los condenados de la tierra*, cuando narra la libertad conquistada por el colonizado con la muerte de su opresor. Entre ambos se produjo una *ruptura* antes que continuidad: desde el amanecer de la rebelión, el espíritu del hombre en revuelta y la conciencia que se asume como antagonista radical. Cada momento compone una dimensión temporal aparte respecto a la otra que presenta a la violencia revolucionaria como negación y no una continuación de la violencia social expresada en las jornadas parisinas. El tiempo de la subversión -la revuelta generacional de los sesenta- no decantó en violencia revolucionaria porque la revolución tuvo urgencias propias -la toma del poder- que la rebelión también proclamó, pero nunca alcanzó. Pedir lo imposible dejó paso a la consigna matar o morir.

II. Ruptura: del paso al salto

Resulta fundamental interpretar, siguiendo el ejemplo de Howard Becker, la diferencia entre un paso y el *salto*. Un paso es aquel que no supone nada demasiado importante respecto al anterior y, aun así, arrepentido, es posible volver a la vida anterior; en el *salto*, en cambio, intensidad y significado existencial priman sobre cualquier simple opción. En su conclusión este autor pone en relieve que los “pasos que da nunca son tan radicales [...] sólo estaría dando otro paso relativamente pequeño y no muy diferente de



todos los otros pequeños pasos que ha dado a lo largo del camino”.¹ Pero este último –que en un principio fue imposible siquiera considerar– es el que finalmente lo llevará a asumir la relevancia de su decisión.

Entre el paso y el salto se evidencia la ruptura entre épocas: el salto es al vacío, hacia una nueva visión del mundo, la construcción de una nueva realidad y una nueva vida. No es una “disolución del yo” dentro de una organización sectaria² sino un proceso de socialización en el nuevo espacio clandestino. En un primer momento lo ideológico se vuelve movilizador, el idealismo vuelto elemento vital sobre cualquier otra razón; la idea de cambiar el mundo es una fuerza suficiente para la íntima decisión de cambiar la vida. Sumergirse en la clandestinidad, ya por factores internos o externos -convicción revolucionaria o aumento de la represión-,³ implicó esta decisión y es donde se encuentra uno de los puntos de quiebre con el pasado reciente. Este *salto*, la idea fundacional de que sólo a través de las armas se alcanzarán los cambios anhelados, puede explicarse con dos acercamientos. Uno refiere a la imagen de “quemar los puentes”, esto es, la decisión existencial de dejarlo todo atrás, asumir conscientemente que en adelante será a todo o nada, la determinación de renuncia a la vida pasada, la imposibilidad de volver a una situación anterior y, en definitiva, adquirir una nueva identidad. Según Matteo Re, entrar en la clandestinidad cobra el precio de abdicar de la vida previa, por una motivación individual –de acuerdo con della Porta– determinada por la decisión personal.⁴ Una

¹ Becker, H. (2018). *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 48-49.

² Fernández Villanueva, C. (2000). “Imaginarios y símbolos en tribus urbanas y sectas destructivas” en Canteras Murillo, A. *Sociología de grupos pequeños: sectas y tribus urbanas* (pp. 269-319). Madrid: Consejo General del Poder Judicial [Cuadernos de Derecho Judicial XI-2000].

³ Della Porta, D. (1998). “Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas”, en Ibarra, P. y Tejerina, B. *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural* (pp. 219-242). Valladolid: Trotta.

⁴ Re, M. (2018). “El proceso de radicalización violenta hacia la lucha armada en Italia. De la extrema izquierda a la militancia terrorista”. *SCIO. Revista de Filosofía* n° 14 (pp. 195-221). Valencia [Reflexiones en torno a los procesos de radicalización y terrorismo].



distancia vital entre no querer o no poder volver, una idea que plantea a las claras que sumergirse en el espacio de la clandestinidad determina otra forma política condicionada por la reclusión en el secreto propio de toda organización cerrada sobre sí misma y que gradualmente se aislará de la sociedad. Este sector quemó sus puentes sobre la estela del reflujo del movimiento generacional del 68, y al agotado el arte de esa rebelión que pedía lo imposible le siguió un encuadramiento de una guerra militar para la revolución armada: un “salto político-existencial necesario para entregarse a una actividad terrorista” de acuerdo con la elipsis que propuso por Mario Maffi.⁵ Desde aquí se desprende el otro aspecto, el *salto*, condición necesaria para producir una ruptura entre violencia social y violencia revolucionaria; y aunque nunca fue tabú declamar sobre el recurso a la violencia durante los sesenta, la nueva etapa inicia con su práctica: de la teoría a la praxis.⁶ Por tanto, “quemar los puentes” implicó no solo el abandono del “mundo burgués” sino el renacimiento en uno nuevo; un quiebre hacia posicionamientos irreconciliables: “Los miembros de las organizaciones terroristas tuvieron a menudo la sensación -tanto liberadora como opresora- de haber roto con su pasado”, asegura Richard Vinen.⁷

En la misma senda sirven como ejemplo las palabras de Renate Riemeck: “«La agitación [del 68] se ha apagado porque las ideas confusas no hacen un programa político y los conceptos nebulosos no tienen fuerza coordinadora»”; pero cuando refiere particularmente a Ulrike Meinhof, su hija adoptiva, se entrevé la *ruptura* con el movimiento que definirá el *salto* a la lucha armada: “«Ulrike [...] se ha quedado sin tierra bajo los pies. [...] La ira contra los males del mundo la empujó a huir de la realidad»”.⁸ Isabelle

⁵ Maffi, M. (1975). *La cultura underground*. Barcelona: Anagrama, Tomo I, p. 98.

⁶ Sommier, I. (2013). “La extrema izquierda en Francia e Italia. Los diferentes devenires de una misma causa revolucionaria”. *Ayer* n° 92 (pp. 147-169) [Las izquierdas radicales más allá de 1968]. Madrid.

⁷ Vinen, R. (2018). *1968. El año en que el mundo pudo cambiar*. Barcelona: Crítica, p. 346.

⁸ Sacristán, M. (1976). *Ulrike Meinhof. Pequeña antología*. Barcelona: Anagrama, p. 9.



Sommier señala, tras varias entrevistas con protagonistas del 68 parisino, que invocar y amenazar con el uso de la violencia era un recurso habitual y cotidiano, pero solo como ejercicio retórico. En el mismo trabajo distingue con meridiana claridad que entre su nombre y su ejercicio no existe una condición insoslayable, o, dicho de otro modo, la palabra no se vuelve acto.⁹ De las piedras a las balas nunca supuso una suave y sutil decantación entre una acción de rebeldía y un acto terrorista, sino una definición individual que pone en juego todos los aspectos de la existencia, cualquiera sea la razón que la haya impulsado. Es necesario considerar que la convicción en el ingreso a un ámbito clandestino armado resume uno de los elementos que produjo la ruptura.

III. Del movimiento a los grupúsculos

Si se implica dos distintos fenómenos en una misma época, la violencia revolucionaria como producto de la violencia social de los sesenta, entonces se justifica la teoría de la *deriva*, como asevera un voluminoso trabajo conjunto que reúne textos firmados por diferentes especialistas en esta materia.¹⁰ Otro texto atribuye vínculos de familiaridad como metáfora de aquellos participantes en manifestaciones luego devenidos terroristas.¹¹ La *nueva izquierda*, un espacio suficientemente amplio donde distintas corrientes ideológicas derivadas del marxismo convivieron no sin conflictos, se convirtió así en el sujeto político que sostiene esta teoría. En otras investigaciones, en cambio, la mayoría de los ejemplos en Europa occiden-

⁹ Sommier, "La extrema izquierda en Francia e Italia", *op. cit.*, p. 150.

¹⁰ Avilés, J., Azcona, J. M., Re, M. (eds.) (2019). *Después del 68: la deriva terrorista en Occidente*. Madrid: Silex.

¹¹ González Calleja, E. (2013). "Los «hijos del 68». El terrorismo revolucionario y contrarrevolucionario en las sociedades avanzadas" en *et. al. El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo* (pp. 375-470). Barcelona: Crítica.



tal analizados descubren sectores a favor de la lucha armada, que ya estaban incubándose al margen del movimiento estudiantil aún desde tiempo antes, aunque su presencia a menudo ubicua no se condice con su escasa influencia en algunos casos y directamente nula en otros. Entonces, considerar que la violencia revolucionaria derivó de la violencia social sostiene una idea subyacente de conexión entre ambas, como una condición imprescindible para la existencia de la otra. Esta relación directa o indirecta, ya sea como producto o bien como la pérdida del norte en los sesenta, no considera los factores que diferencian dos formas políticas que, en ambos casos, se han negado entre sí.

IV. El umbral: del movimiento a la violencia revolucionaria

El *salto* es sinónimo de umbral, en el sentido que el antropólogo Victor Turner desarrolla en su clásico trabajo sobre liminalidad y *communitas*.¹² Un limbo donde se abandona la vida anterior para adquirir nuevas obligaciones, derechos y leyes, todas de acuerdo al nuevo concepto de sociedad al que el aspirante se somete y aprueba. Es, en definitiva, el ingreso a un mundo nuevo. Como antes se ha mencionado, la idea de Howard Becker posee puntos de coincidencia con la de Turner: ambos presentan un “grado cero”; en Becker es el paso final, el último que, a diferencia del resto, se asume como el decisivo. En Turner, la situación de liminalidad es un grado cero en sí misma, porque no sólo ha quedado todo atrás y ya no es posible volver, sino que significa el arribo a una situación completamente inédita, la *communitas*. En ambos casos, se han quemado los puentes.

Si los 68's se manifestaron como negación de una realidad a la que se aspiró a cambiar en totalidad, la búsqueda y construcción de organizacio-

¹² Turner, V. W. (1988). *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.

nes, en la década siguiente fue la cristalización del cambio revolucionario, un nuevo comienzo para la toma del poder y la revolución. La festividad del movimiento lúdico-anárquico quedó atrás por la rigurosidad de una disciplina jerárquica militarizada. Para los protagonistas decididos por las armas, las consignas y las barricadas del 68 ya no tenían efecto ni cumplirían algún papel en los nuevos tiempos que se avecinaban y a partir de esa premisa establecieron políticas en otro sentido. Asaltar los cielos y cambiar el mundo fue lo suficientemente abstracto para que nunca pudiesen ser reales en la época que nacía. No era posible tomar el poder sólo por desearlo, era hora de *saltar* a la acción. Es por ello que violencia social y revolucionaria no forman parte de un mismo repertorio, al menos en el punto que aquí nos convoca. La distancia entre una manifestación aún con grados de violencia callejera no es equiparable a, por ejemplo, un atentado o secuestro. Siempre ha sido una minoría la que decidió saltar a la acción. Fue un sector que participó en aquellas jornadas –imposible ignorar el acontecimiento– aunque nunca se sintió parte y acabó distanciándose. Por un lado, rompe definitivamente con el movimiento del 68 y, otra de sus partes, también lo hará con la línea oficial del comunismo de entonces. Ya hacían política desde antes. El salto nunca fue unánime ni tampoco consensuado por las mayorías que formaron parte del movimiento del 68, sino un sector marginal, como negación del camino del acontecimiento. Siguiendo por la misma línea, resulta fundamental la definición que Rossana Rossanda dejó como legado en su “álbum de familia” sobre *Brigate Rosse*, donde confirma su incubación desde mucho tiempo antes de la revuelta mientras desgajaba el lenguaje comunista ortodoxo impregnado en sus comunicados y con la confirmación, además, que el germen de la lucha armada estaba presente antes que el movimiento estudiantil adquiriese la relevancia que históricamente alcanzó. Una mirada blindada sobre el 68 concluyó que éste resultó una desviación de la “dirección correcta” –la “lucha verdadera”– antes que un aliento para su estrategia. Pero a la vez, la violencia revolucionaria rompe con la estruc-



tura de masividad difuminada durante al acontecimiento. La “idea correcta” llevada a cabo por una minoría que no necesita aprobación, los llevó a depositar su fe y sus creencias en el lugar que la historia le tenía reservado.

Jane Alpert, activista de *Weathermen*, destacó: “pasamos a este tipo de acción como reacción a las interminables discusiones que no conducían a nada. Los discursos, las marchas, los mítines y las peticiones a los políticos resultaban inútiles”.¹³ En términos casi idénticos Adriana Ferranda, de *Brigade Rosse*, también profundizó sobre “esa actividad política [que] no producía nada concreto. Su incapacidad me llevó a decidir que sólo un proceso revolucionario y armado podía ser eficaz”.¹⁴ Este es otro punto de ruptura entre una realidad y la siguiente: en tanto una violencia se predice y anuncia, otros espacios consideraron agotado el tiempo de la palabra. Tras la evaluación como fracaso, organizaciones clandestinas y armadas adquirieron una concepción que relegó el espacio político y asumió contornos militarizados, impregnados con una disciplina partidaria rigurosa, blindadas y compartimentadas en su interior.

El crecimiento de organizaciones clandestinas asediadas por el aumento de medidas represivas las empujó a encerrarse aún más sobre sí mismas. Las medidas de seguridad para su supervivencia se impusieron sobre el ideario político. Para el caso,

Una vez que las organizaciones pasaron a la clandestinidad, estos esfuerzos de autotransformación enfrentaron obstáculos crecientes. El proyecto existencial fue reemplazado por los requisitos de permanecer ocultos, procurar recursos, crear y sostener una nueva identidad y ejecutar acciones revolucionarias clandestinas. La vida en la clandestinidad resultó tener muchas exigencias prácticas que no podían resolverse simplemente mediante un compromiso ideológico.¹⁵

¹³ Cohn-Bendit, D. (1987). *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*. Barcelona: Anagrama, p.167.

¹⁴ *Ibid.*, p. 201.

¹⁵ Zwerman, G., Steinhoff, P. D., della Porta, D. (2000). “Disappearing Social Movements: Clandestinity in the Cycle of New Left Protest in the U.S., Japan, Germany, and Italy”. *Mobilization* vol. 25, n° 1 (pp. 85-104). Chapel Hill, p. 96.



Ya no quedaban espacios políticos posibles —en clave ideológica-política, la clandestinidad no sólo refiere a una decisión sino una determinación obligada por la circunstancia— por lo que sólo restaba sumergirse hasta una condición de absoluta y total secrecía. Este argumento sostiene el activista político francés Jann-Marc Rouillan en sus memorias, cuando narra la “desbandada” que se produjo tras el agotamiento de la etapa de las manifestaciones y el retiro de la militancia de la acción política, al mismo tiempo en que “algunos llamaban a la acción clandestina”.¹⁶ Esa clandestinidad, en inicio de resguardo y precaución se resignificó hacia otra muy distinta regida bajo estrictos niveles de seguridad, necesarios por la represión en ciernes y que adquirió similares formas al interior de cada organización: cambios en la identidad, compartimentación dentro de sus estructuras —básicamente destinadas a atender situaciones individuales y grupales de supervivencia—, jerarquización de las decisiones y el establecimiento de medidas de seguridad como elemento prioritario para la supervivencia del grupo. Siguiendo el mismo testimonio, eran tiempos “«a vida o muerte», en la que, a cada momento, el destino pendía de un hilo”.¹⁷ Este es el instante donde se transparenta el quiebre entre la agitación del 68 y la violencia revolucionaria de la década posterior: en el factor *a vida o muerte* queda definitivamente al descubierto la distancia política entre una y otra época. Durante el acontecimiento nunca pudo predecirse que los nuevos tiempos llegarían para negarlo.

Abandonada la legalidad y la política de superficie, las formas que adquiere la clandestinidad por el aumento de la represión y persecución es otro de los factores que moldeará las organizaciones que operaron durante los años siguientes. Se convirtieron en organizaciones militarizadas, ancladas en un subjetivismo excluyente, que delimitaron la construcción de

¹⁶ Rouillan, J. M. (2015). *De memoria (III). La breve etapa de los GARI: Toulouse 1974*. Barcelona: Virus, tomo III, p. 33.

¹⁷ *Ibid.*, p. 71.



su realidad en el *salto* entre violencia de masas y revolucionaria, y que acabaron socialmente aislados. Un ejemplo lo ofrece Franco Piperno cuando destaca una “bifurcación [de las] multitudes en revuelta”, momento en que diferencia la violencia de masas hacia otra que “deviene propiamente militar” con acciones cada vez “más espectaculares y sangrientas”;¹⁸ y en una misma línea, otros autores sostienen que cada experiencia ocurrió “durante ese mítico «tiempo de acontecimientos»” en el espacio vertiginoso de las “multitudes en revuelta”.¹⁹ En cambio y haciendo hincapié en la idea de individualidad, lo expresado por Holger Meins de la *Rote Armee Fraktion* otorga otra lectura sobre la misma cuestión, cuando refiere a que “el sujeto revolucionario se constituye por la totalización de las subjetividades y las praxis individuales en revuelta”.²⁰ La decisión que define el *salto* a la clandestinidad rompe con el pasado y no una continuidad política, porque se consideraron estar viviendo un momento histórico. Al negar el 68 y la política de superficie, la teoría de la violencia revolucionaria pasó a un primer plano porque la demostración masiva y multitudinaria no alcanzó para asaltar los cielos, y con esa lectura la expresión revolucionaria transmutó hacia la iniciativa de un mínimo y secreto grupo.

Finalmente, el espíritu festivo morirá con el inicio de los setenta, aunque la fe revolucionaria aún se mantenía viva. Durante los sesenta, la idea de revolución nunca fue compartida ni las formas de alcanzar el magno evento y tampoco los caminos para volverla real. Ya como clima de época o signo de los tiempos, una tendencia minoritaria hacia la lucha armada estuvo presente previo y durante el 68, pero con miradas excluyentes desde cada una de las experiencias en desarrollo. La sentencia final de André Breton “«Transformemos el mundo», dijo Marx; «cambiamos la vida», dijo Rimbaud.

¹⁸ Piperno, F. (2017). “La angustia de la individuación: notas sobre el movimiento del ‘77” en *Qui e ora* 0. Disponible en: <https://lc.cx/UKvww0> [visitado enero 2026].

¹⁹ Lee, M. A., Shlain, B. (2023). *Sueños de ácido. Historia social del LSD: la CIA, los 60 y más allá*. Barcelona: Página Indómita, p. 388.

²⁰ Sommer, I. (2009). *La violencia revolucionaria*. Buenos Aires: Nueva Visión, p. 95.



Para nosotros estas dos consignas se funden en una”²¹ nunca llegará a concretarse porque los senderos acabaron dividiéndose indefinidamente.

La idea de revolución en danza entre los 60's y 70's nunca confluyó en un mismo lugar donde la expresión lúdica, la experimentación con drogas y la rebelión política sólo compartieron un espacio temporal y nunca alcanzaron un camino en común. Irwing Silber interroga acerca de la verdadera esencia de la revolución cultural en occidente: “¿Se trata de una desviación de la auténtica lucha revolucionaria, de un abandono de la política de la necesidad en favor de la política de éxtasis?”.²² La derrota del movimiento ocurrió por la ausencia de una organización política, sostenía la lectura política del sector más duro mientras sostenía la idea de conformación del partido armado. Sin embargo, la masividad de las movilizaciones marginaba la senda de la violencia revolucionaria, aunque siempre existieron sectores que sostuvieron su vigencia; y aunque la revolución parecía inevitable, la revuelta concluyó en el desencanto de su derrota. Este contexto condicionó la evolución de cada uno de los grupos por lo que no puede considerarse linealmente su dinámica, objetivos y estrategias ni tampoco sus protagonistas resultaron siempre los mismos. Organizaciones que nacen con objetivos hacia un determinado sentido y sustentan un determinado credo fueron variando con el tiempo. Convivieron múltiples miradas sobre una mínima coincidencia en las formas del cambio revolucionario y nunca con un mismo sentido ni contenido. En tanto que una fue humana, personal e íntima, la otra era social que sostuvo sus fundamentos en la lucha de clases y el asalto al poder; un péndulo que osciló entre el cambio personal e individual, con múltiples caminos para alcanzarlo, y el cambio social, que interviene en la realidad para trastocarla y socavarla. Si en un principio existieron puntos de contacto entre el retiro

²¹ Breton, A. (1935). “Discurso en el Congreso de Escritores” en *et. al.* (1974). *Manifiestos del Surrealismo*. Madrid: Guadarrama, p. 269.

²² Silber, I. (1977). *La revolución cultural: un análisis marxista*. Madrid: ZYX, pp. 12-13.



espiritual hacia una utopía religiosa-existencial de confraternidad y la toma del poder político, con el inicio de la nueva etapa acabaron diluyéndose.

En los espacios alternativos de la época, la idea de revolución era disímil y en otros casos contrapuesta. Entre el cambio personal y el social existió una distancia no resuelta que llevó al fraccionamiento hasta constituirlos en ámbitos antagónicos. Por ejemplo, según Carl Oglesby, líder de *Students for Democratic Society*, no había distancia en los efectos que causaba el consumo de drogas y el acto de rebelarse, y pone de relieve las diferencias entre la huida del mundo hacia algún paraíso artificial y la intervención política en la realidad social para transformarla:

nada representaba tan bien esa sensación general de estar atravesando cambios profundos como la transformación inmediata, poderosa y explícita que uno experimentaba al tomar ácido. Del mismo modo, atravesar barricadas te definía como una persona nueva [...] Lo que ocurría es que la experiencia con el ácido tenía las mismas características estructurales que la rebelión política.²³

En un primer momento, durante las jornadas parisinas, subversión fue la idea motriz, pero en la década siguiente se impondrá la revolución armada. La ruptura ideológica también se comprueba con la distancia que separa la idea de cambiar el mundo de la toma del poder político. En este sentido, y considerando la influencia situacionista en tiempos de agitación, Anselm Jappe descubre en Guy Debord los elementos vitales del proceso subversivo implícitos tras el *détournement*, cuando destaca que “la obra de destrucción de los viejos valores no puede continuar hasta el infinito y que hay que pasar a un nuevo uso positivo de los elementos existentes en el mundo”.²⁴ Por eso no debe establecerse una equiparación entre subversión y novedad sino que, de acuerdo a Lucien Logette, lo fundamental es

²³ Lee, *Sueños de ácido*, op. cit., p. 234.

²⁴ Jappe, A. (1998). *Guy Debord*. Barcelona: Anagrama, p. 121.



trastocar lo instituido “como negación y como preludio”,²⁵ porque si subversión es antítesis de tradición es, además, el punto de coincidencia con el *détournement* –elemento clave equiparable a subversivo–, que fue, en definitiva, signo vital de la rebelión generacional. Y cuando Debord establece una definición para *détournement*, la intervención en lo cotidiano mediante la reinención y/o trastocamiento de su sentido original aún con los elementos disponibles de la “vieja sociedad”, ésta implica una imposición de lo político para “chocar frontalmente contra todas las convenciones mundanas y jurídicas”. “Sólo la innovación extremista tiene justificación histórica”, señalaron los situacionistas.²⁶ Y si bien puede entenderse que

la ultraizquierda se convierte [...] en la base política de la teoría situacionista [también] rechazan cualquier forma de militatismo y proponen otra relación con la acción [aunque] todo muy lejos de las acciones de comando que llevan a cabo *manu militari* los maoístas o los trotskistas.²⁷

En las razones particulares del caso italiano también se localizan confirmaciones de esta ruptura y, para el caso, Alessandro Russo advierte que

grupos «terroristas» comenzaron a formar una fracción cuantitativamente insignificante de militaristas, con una visión conspirativa y a la postre criminal de la política [...] En todo caso, representaron un fuerte rechazo y descrédito hacia la novedad política de 1968.²⁸

Una idea diferente de *Revolución* había nacido y fue, desde el inicio de la década de los sesenta, un proceso “convergente de pensamiento y

²⁵ Debord, G. (1956). “Modo de empleo del «détournement»” en *et. al.* (2000). *In girum imus nocte et consumimur igni*. Barcelona: Anagrama, p. 165.

²⁶ *Ibid.*, p. 90.

²⁷ Bourseiller, Ch. (2022). *Historia de la ultraizquierda. Espartaquistas, comunistas libertarios, situacionistas, neoanarquistas, zadistas, black blocs y otros enemigos del capital*. Madrid: Errata naturae, pp. 208, 275.

²⁸ Russo, A. (2016). “Los años sesenta y nosotros” (p. 197) en Lee, A. T. G., Zizek, S. (eds.). *La idea de comunismo. The Seoul conference (2013)*. Madrid: Akal, 187-240.



creación intelectual, estética, política y organizativa”; aunque para los grupos contraculturales y el espacio *underground* el modelo político leninista se hallaba “exhausto” para alcanzar los cambios deseados.²⁹

De esta forma, si se considera el origen fundacional del terrorismo como resultado de la inconformidad generacional anterior se descarta el origen y todo el proceso político-social-cultural que desembocó en los 68's. Es posible argumentar, no obstante, sobre la supervivencia de una línea soterrada que impulsó el salto a la acción por la violencia política originalmente generada desde el ámbito de sectores duros que apelaban a una organización partidaria, en un contexto donde toda la inconformidad contra el socialismo realmente existente resulta evidente, con múltiples manifestaciones de resistencia y decididamente combatido: el corredor ideológico del terrorismo de los setenta proviene antes de los grupúsculos que desde el movimiento. Sirve como ejemplo la autoidentificación del situacionista o *enragé* para identificar las diferencias de entonces cuyo valor radica en que fue escrito al calor de los sucesos: “Aquel fue el tiempo de los grupúsculos, la resurgencia trotskista, la apoteosis china, la flor en el fusil cubano. Pero algunos, desdeñosos, tampoco podíamos adherirnos, en nombre de una revolución una e indivisible, a esas premisas”.³⁰ Este testimonio aclara que la formulación revolucionaria no era compartida y que los caminos eran marcadamente divergentes, aún en aquellos sectores que conformaban la nueva izquierda ni tampoco en los considerados radicales.

No fueron únicamente los grupos terroristas quienes establecieron una ruptura con el 68 sino también ocurrió a la inversa:

Con el descenso de las movilizaciones masivas, se produjo un fenómeno nuevo en las márgenes de la nueva izquierda que probable-

²⁹ Ortiz-Oses, A., Orensanz, A. (1976). *Contracultura y revolución*. Madrid: Castellote editor, pp. 13-15.

³⁰ Peuchmaurd, P. (2025). *Más vivos que nunca. Diario de las barricadas* [1968]. Logroño: Pepitas de calabaza, p. 22.



mente haya acelerado su desmenuzamiento. A partir de 1970 [...] emergieron pequeños grupos de ultraizquierda que optaron por la vía de la violencia armada a fin de adelantar, pensaban ellos, el fin del viejo mundo. [...] Se trataba de grupúsculos, surgidos de las márgenes maoístas, del anarquismo o de otras tendencias de ultraizquierda, pero cuyo impacto fue rotundo. Los secuestros y asesinatos de personalidades políticas y del mundo de las finanzas y de la economía captaron de inmediato la atención de los medios, una parte de los cuales, nada inocentemente, comenzó a asimilar el terrorismo con la revuelta estudiantil en su conjunto. El hecho de que la enorme mayoría de la izquierda estudiantil haya condenado la acción armada y haya tomado distancia de estos movimientos no modificó en nada la representación que se creó en la imaginación de las clases medias horrorizadas.³¹

Es por eso que, además, se abandona la idea de masividad, ya por decisión u obligada por el contexto. La propia dinámica de este tipo de organizaciones otorga prioridad a la seguridad interna y a la propia supervivencia. Por ello, además, ante la necesidad de producir resultados, aspiran a efectuar acciones espectaculares que trascienda en los medios para, entre otras, mantener elevada la disciplina y fidelidad de cada integrante. El grupo, como entidad elitista que se autodefine con una misión de trascendencia, prioriza su continuidad en el tiempo aislado del resto de la sociedad, pero mostrando una capacidad -inexistente- de producir los cambios sociales que originalmente resultó convocante para los militantes decididos por las armas.

V. Grupúsculos, sectas, terrorismo

De acuerdo con Estefanía³² existieron dos instancias de separación entre las décadas:

³¹ Sand, S. (2023). *Breve historia mundial de la izquierda*. Madrid: Akal, pp. 185-186.

³² Estefanía, J. (2018). *Revoluciones. Cincuenta años de rebeldía (1968-2018)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, p. 99.



La primera es el uso de la violencia con fines revolucionarios [...] La segunda [...] fue el paso de un marxismo difuso, transversal, hibridado de elementos de otras familias ideológicas y experiencias, a un marxismo duro, heredero directo del marxismo-leninismo, y con un factor hegemónico sobre los demás: el maoísmo.

El 68 parisino cristalizó lo que ya se había incubado desde años atrás en otras latitudes, pero no se trató exclusivamente de una revuelta generacional, sino que resultó la superficie de algo más profundo, fundamentalmente la idea de emprender una revolución cultural que, tomando las palabras de Russo, no tenía puntos de contacto con el proceso chino en desarrollo³³ sino que contenía una dinámica propia, “una forma «cultural» en la proyección de la imaginación hacia una exploración de los nuevos modos posibles de vivir la vida”.³⁴ Era la visualización romántica de una experiencia contemporánea por entonces en desarrollo. El *romanticismo militante*³⁵ del maoísta que idealizó la revolución cultural acabó en una amarga mirada sobre un tiempo pasado tan lejano como distinto al presente imaginado por entonces. La revolución cultural soñada en occidente no refirió en forma excluyente a la experiencia china, sino que era una alternativa contra una realidad considerada en su totalidad injusta. Muchos años después, atravesados hoy por el desencanto, aquella revolución cultural china sobre la que tanto se ha pregonado –aunque pocos hayan conocido, incluso los maoístas occidentales quienes, quizá, tampoco contaron con todos los elementos para establecer la magnitud real de los sucesos en aquel momento– encontraron una referencia para su fervor revolucionario; lo que habilitaría a pensar que el paso del tiempo justifica

³³ Russo, A. (2010). “La Revolución cultural, ¿puso fin al comunismo? Ocho reflexiones sobre la filosofía y la política del momento actual” (pp. 183-ss) en Hounié, A. *Sobre la idea del comunismo*, Buenos Aires: Paidós, pp. 179-196.

³⁴ Silber, *op. cit.*, p. 16.

³⁵ Inspirado y tomado del texto Vázquez Montalbán, M. (1995). “Fulgor y crepúsculo del *Romanticismo militante*”. *El Viejo Topo* n° 84. Barcelona, pp. 51-59.



cualquier forma de autocrítica. Un ejemplo lo ofrece Vinen cuando cita una obra literaria sobre las memorias de un “activista radical” de los sesenta, quien admite su desilusión porque “«la cara de Pol Pot se pudiera discernir detrás de la sonrisa de Mao»”.³⁶

La idea de *antimovimiento social* desarrollada por Michel Wieviorka³⁷ no refiere exclusivamente a construir una organización de nuevo tipo sobre el reflujo del 68 sino de la negación del movimiento. No alcanza para estimar que se trataba de una escisión, fraccionamiento o una excomunión, como existen incontables ejemplos en la izquierda, sino un replanteamiento estructural, la oposición a formar parte de un ciclo agotado. De hecho, la ruptura que producen las organizaciones de izquierda revolucionaria decantadas por las armas –que venían de romper con los partidos comunistas tradicionales– se refleja también en los enfrentamientos que tuvieron lugar en la cúpula del “mundo comunista”: “las grandes crisis, los cismas y desgarramientos del mundo comunista son más decisivos en la producción de organizaciones combatientes que la continua intervención de los guardianes moscovitas de la ortodoxia”.³⁸ Eran tiempos de ruptura y, por lo tanto, nunca prosperó una ideología política capaz de amalgamar a todas sus tendencias internas; diferencias que alcanzaron niveles de violencia explícita. En la izquierda, por ejemplo, una respondía al comunismo oficial, otra con tendencias anarquistas, una más leninista, contraculturales, alternativos y además la nueva izquierda, que a la vez se subdivide hasta conformar un “archipiélago”: “en tiempos en que parecía que todo era posible, la urgencia del paso a la acción alentó la fractura terrorista”.³⁹

³⁶ Vinen, *op. cit.*, p. 362.

³⁷ Wieviorka, M. (1991). *El terrorismo. La violencia política en el mundo*. Barcelona: Plaza & Janes.

³⁸ *Ibid.*, pp. 44-46.

³⁹ Domínguez, M. (2001). “La violencia política de la izquierda europea” (p. 6). *Argumentos* n° 38, Madrid: Universidad Complutense, pp. 5-21.



La definición esbozada por Lorenzo Castro Moral comprende a estas organizaciones cuyo sustento político es el de una lógica dicotómica, separadas ya de la idea de movimiento de masas –opción por el vanguardismo– y obsesionadas con una exclusiva visión del mundo:

El terrorismo aparece como un recurso apropiado para resolver la contradicción existente entre su posición periférica, marginalidad en la práctica, y la centralidad que el grupo se atribuye en el proceso histórico, [y que] se resuelve a través de la utilización de la violencia que permite una centralidad simbólica, presencia en los medios de comunicación sobredimensionando su propia entidad fortaleciendo el imaginario grupal y haciendo percibirse a sus miembros como componentes de un actor político relevante más allá de su realidad grupuscular. Por sus efectos, represión, muertes, largas condenas, hace real para sus actores el conflicto virtual expresado en la ideología y determina con su corolario de prisiones y clandestinidad su destino personal.⁴⁰

Pero el despliegue de la violencia de los 68's no tiene coincidencias con la violencia revolucionaria de la década siguiente. Con distinto origen, diferente signo e imposible de predecir en aquella época, la violencia revolucionaria no fue una evolución de la violencia social y callejera sino devino su contraposición sobre el reflujo del movimiento. Siguiendo a Lipovetsky:

la violencia de los días de mayo pudo entenderse como una manifestación lúdica exactamente al revés del terrorismo actual que, en su trasfondo, es tributario del modelo revolucionario estricto, organizado en torno a la guerra de clases, alrededor de los dispositivos vanguardistas e ideológicos, lo que explica su radical lejanía de las masas indiferentes y relajadas. [...] Los discursos de legitimación de los que proceden atentados, «juicios populares», secuestros, han quedado totalmente vacíos, desconectados de cualquier relación con lo real a fuerza de intumescencia revolucionaria y de autismo

⁴⁰ Castro Moral, L. (2000). *Terrorismo y afirmación revolucionaria: el caso PCE(r) y GRAPO*. Tesis de doctor en Sociología. Madrid: UNED, p. 531.

grupuscular. Proceso extremista que apunta a sí mismo, el terrorismo es pornografía de la violencia: la máquina ideológica se acelera sola, pierde anclajes, la desubstancialización alcanza la esfera del sentido histórico, desplegándose como violencia hard, demagogia maximalista y vacía, espectro lívido, cadáver ideológico liofilizado”.⁴¹

VI. El revolucionario como místico religioso

Según Antonio Elorza, la caída de la fe en el cambio revolucionario en el 68 es el momento donde “el militante tiende a convertirse en creyente”.⁴² Como respuesta al desencanto en el movimiento social activó la violencia revolucionaria; sin embargo, no se trató únicamente de una cuestión de fe, porque atribuir un carácter religioso a la actividad política la enajena de su esencia, aspira a vaciarla de su contenido original y le atribuye un diferente sentido de su carácter original, restándole valor al cuestionamiento social y volviendo extraña la decisión política de pasar a la acción hacia una instancia superadora; esto es, la idea de revolución como tarea esencialmente humana. La actividad revolucionaria humana intenta llegar lo más lejos posible a donde otro hombre no ha llegado antes, acto de trascendencia para sustraerse de la historia y llegar al extremo absoluto. Porque la revolución, aún con distintos significados, es un evento inconmensurable que exige la totalidad del ser humano.

Otra corriente de interpretación sostiene considerar el terrorismo como la decisión de un individuo o conjunto, con tendencia a desarrollar un misticismo alienado que evita su análisis como hecho político. Por eso que en cuanto a las sectas políticas conviene recuperar la aseveración de Frédéric

⁴¹ Lipovetsky, G. (1990). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama, pp. 218-219.

⁴² Elorza, A. (2018). *Utopías del 68. De París y Praga a China y México*. Barcelona: Pasado & Presente, p. 20.



Schiffter: “El sectario no es solamente aquel que se somete intelectualmente a un teórico [...] sino sobre todo porque espera de su discurso un *sentido* que pueda proyectarse en el mundo y, sobre todo, en su propia vida”.⁴³ Roger Caillois ya hubo de describir el “momento en que los sueños originales casi no pueden dejar prever la terrible irrupción que esa efervescencia produce al fin de la historia”,⁴⁴ y, respecto a ello, conviene retomar lo establecido por Harold J. Lasky, quien describe el cambio repentino, abrupto y momento final en que las pasiones se exageran: es el “punto en el que la visión de una vida mejor se suma a las filas de la revolución por una solución definitiva. El sueño se convierte en dogma; los temores se fanatizan; las ideas se convierten en la señal para la acción última”.⁴⁵ Y, como consecuencia de ello, también puede interpretarse como una de las formas que adquiere el mesianismo político que, siguiendo a Michael Walzer, afirma: “una vez que se ha decidido forzar el Fin, ya no hay lugar para ninguna argumentación. Entonces la política es absoluta; los enemigos, satánicos; los convenios, imposibles”.⁴⁶ La frontera entre el sectario y el extremista se diluye en el horizonte donde se configura el mundo soñado, pero, tal como lo había imaginado el radicalismo europeo del siglo XVIII, no se trataba únicamente

de la justificación filosófica de la violencia. Toda dictadura necesita trascendencia, la promesa de un mañana mejor, y un más allá perfecto, un cielo, un paraíso, una dictadura ideal de obreros y campesinos, un fin de la historia. Después de todo, sólo la adhesión casi religiosa a un gran ideal que está fuera de nuestro alcance y que exige grandes sacrificios puede justificar las crueldades y las injusticias de hoy.⁴⁷

⁴³ Schiffter, F. (2005). *Contra Debord*. Madrid: Melusina, p. 10.

⁴⁴ Caillois, R. (1969). “Del espíritu de las sectas” [1943] en *et. al. Instintos y sociedad* (pp. 66-122). Barcelona: Seix Barral, p. 70.

⁴⁵ Lasky, M. J. (1985). *Utopía y revolución*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 82.

⁴⁶ Walzer, M. (1986). *Éxodo y revolución*. Buenos Aires/Barcelona: Per Abbat, pp. 202-203.

⁴⁷ Blom, P. (2012). *Gente peligrosa. El radicalismo olvidado de la Ilustración europea*. Barcelona: Anagrama, p. 394.

En la literatura soviética también se encuentra la insistente vinculación entre el militante político y el *verdadero creyente* —apelando al clásico de Eric Hoffer— que apunta a resumir en una sola persona alienación y fe ciega, fanatismo y extremismo, militancia y devoción. Desde ese espacio también se aspira a igualar política y religión dentro de un mismo análisis; por ejemplo cuando describe al terrorismo como “una variante extrema de la rebelión”, a los terroristas como devotos del “culto del caos y la violencia” y su expresión política como “un acto místico de revelación”.⁴⁸ En la misma línea argumentativa se considera a los “extremistas «de izquierda» [como] sacerdotes de un culto revolucionario”.⁴⁹ Un argumento más político considera que la emergencia de la nueva izquierda se plasmó con la consolidación de una praxis que impulsa romper con la ortodoxia de los partidos comunistas occidentales, la crítica al estalinismo y la búsqueda de una nueva dirección revolucionaria. De esta manera, se critica a la nueva izquierda y a los extremistas porque

rechazaron la dirección ideopolítica de la clase obrera y de los partidos marxistas-leninistas, considerándolos insuficientemente revolucionarios. Las «nuevas izquierdas» presentaron su propia alternativa político-social, partiendo desde posiciones radicales de izquierda sediciosas, que determinaron, en sumo grado, el carácter general de los movimientos no proletarios de protesta de la década del 60.⁵⁰

Todos estos trabajos sostienen sus argumentos alineados con *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* de V. Lenin.

Finalmente, el 68 acabará sorprendiendo a propios y extraños, incluso a lo que estaba desarrollándose *sottovoce*. Un primario llamado a la unidad

⁴⁸ Mialo, X. (1987). “Por el camino de la rebelión: de la protesta al terror” (pp. 246, 248). *Ciencias Sociales* vol. 67, n° 1. Moscú: Academia de Ciencias de la URSS, pp. 239-253.

⁴⁹ Grachov, A. (1987). “Extremismo político” (p. 138). *Ciencias Sociales* vol. 70, n° 4. Moscú: Academia de Ciencias de la URSS, pp. 131-147.

⁵⁰ Batálov, E. (1987). *Filosofía de la rebelión*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, p. 6.



que luego se irá desgranando, desgajando y fragmentando en pequeños espacios cerrados sobre si mismos. Al respecto, escribe *Bifo* Berardi:

Entre 1966 y 1967 se multiplicaron en Italia (como en Francia, Alemania y en todo el mundo) los grupos denominados «minoritarios». Grupos de pocos militantes, algunas decenas como máximo, animados por una excepcional necesidad de protagonismo social y sobre todo por las ansias de comprender la rápida transformación que la modernidad había inducido en la vida de los individuos y las comunidades. [...] La proyectualidad de estos conjuntos no consistía en su diseño ideológico prefigurativo, que se hallaba con frecuencia a miles de kilómetros de distancia de su práctica real y de su entorno social. Consistía en la capacidad de transformación directa e inmediata de la vida social, del entorno urbano, de la cotidianidad, en la capacidad de construir redes de solidaridad, de protesta, de difusión de voces, de conciencia en los lugares de trabajo, de estudio, en las familias, en los bloques de pisos. En todas partes. Durante algunos años, en todo Occidente, la proliferación de *groupuscules* tuvo un carácter viral, contagioso. Y preparó el terreno para ese estallido gigantesco conocido como el 68. [...] Esta experiencia asociativa constituyó el lugar de incubación de ese movimiento llamado estudiantil.⁵¹

VII. Conclusiones

El *salto* fue la decisión existencial de protagonizar un proyecto armado en un ámbito clandestino tras el reflujo de las movilizaciones. Este cambio produce la *ruptura* entre épocas. Agotado el período anterior, la vía de las armas se construyó a partir de su negación; esto es, exaltando la derrota de los sesenta. Inviabile la política de movilización masiva, el ciclo revolucionario se gestó en el vacío del ciclo de manifestaciones. Se

⁵¹ Berardi (Bifo), F. (2024). *Últimos fulgores de la modernidad. Trabajo, técnica y movimiento en el laboratorio de Potere Operaio*. Madrid: Traficantes de Sueños, pp. 122-123. En una versión anterior, el mismo autor señaló que “la proliferación de grupúsculos tiene un significado y un efecto sociocultural verdaderamente independiente de la connotación ideológica que a sí mismos se daban”. Cfr. (2007). *El sabio, el mercader y el guerrero. Del rechazo del trabajo al surgimiento del cognitariado*. Madrid: Acuarela & A. Machado, p. 85.

estableció un nuevo parámetro con la decisión efectiva de actuar no sólo contra edificios u otros objetos sino también contra personas,⁵² a medida que avanzó la década, lo que pone de relieve la profundización de una dinámica diametralmente opuesta a la que hasta hace poco tiempo atrás venía produciéndose. Abrazaron un leninismo militarizado, aunque sustentado en un marxismo difuso a partir de las nuevas referencias que aparecían en el horizonte. Junto a ello, otras referencias políticas e ideológicas extracontinentales –el tercermundismo– formaron parte del variado andamiaje teórico con el que se nutrieron. Aspiraron a conformar organizaciones que buscaban la pureza, idealizada a través de la lucha revolucionaria armada. El factor transversal entre ambas etapas fue la lucha armada.

Los distintos sectores amalgamados en el movimiento de los sesenta se unificaban bajo un mismo vértice: la idea de Revolución; idea que, sin embargo, también dividió a las distintas experiencias contemporáneas. Pero el deseo de un mundo mejor no fue tampoco un sueño compartido –quizá en un comienzo convergente– aunque los caminos oscilaron entre la liberación personal como camino a la emancipación y la revolución social; entre la no violencia y el uso de la fuerza; o la retirada a espacios privados excluyentes y la expresión masiva de la inconformidad y negación de la realidad.

Entre la forma movimiento social y organización partidaria se erigió una frontera infranqueable. No es, por tanto, que mayo 68 habilitó o proyectó la violencia revolucionaria hacia adelante, sino una corriente subterránea –su existencia es previa a las jornadas– que la impulsó tras el reflujo de las protestas y que, superada por el acontecimiento, había quedado marginada tanto en el recurso a la violencia como a la estructuración de la protesta a través de una organización partidaria de vanguardia. Intentaban radicalizar aún más la protesta desde el ámbito de la nueva izquierda, el conglomerado

⁵² Agnoli, J. (2008). “El 68 alemán: fundamentos teóricos y desarrollo histórico de una revuelta” (pp. 219-242) en Garí, M., Pastor, J., Romero, M. (eds.). 1968. *El mundo pudo cambiar de base*. Madrid: Catarata, pp. 237-ss.



de siglas autodefinidas revolucionarias e influidas por diferentes vertientes políticas vigentes en aquella época, pero no acabó en una renuncia al marxismo sino derivó en la búsqueda de la “doctrina correcta” siempre dentro de la misma vertiente ideológica.

Dentro del espacio político de la izquierda la situación era semejante y la propia existencia de las vertientes internas provenientes de un tronco común –nueva izquierda/izquierda de la izquierda–, junto con el enfrentamiento con los partidos comunistas locales y el desarrollo de los acontecimientos internacionales fueron endureciendo los distintos espacios que compartían aquel ámbito común. Cada encuadramiento político concluía en concentrar una verdad sobre sí mismos que los llevó a dividir y subdividirse en pequeños estadios, buscando moldear la realidad a una propia y exclusiva visión.⁵³

El llamado a las armas encontró eco a partir de un contexto favorable y propicio para hacerlo y, en este caso, cuando el ciclo de movilizaciones no alcanzó para hacer caer un gobierno el siguiente escenario demandó radicalizar el antagonismo. Y como lucha callejera nunca ha sido igual a lucha armada, tanto por los riesgos que conlleva asumir dicho compromiso como así también por un decidido rechazo al factor armado, será sólo una ínfima minoría que decidió *ir a más* por este medio. La ruptura es la radicalización del abismo entre teoría y acción, entre la práctica de la violencia difusa respecto a la revolucionaria y, como validación se justificó la razón de ser que ya no trataba de una manifestación de rebeldía sino de un enfrentamiento directo y definitivo contra el Estado. El “fin de la inocencia” resulta la convicción del uso de la violencia revolucionaria para la toma del poder.

Cada espacio que confluyó en la *performance* del acontecimiento portaba dentro de sí un quiebre que quedó relegado durante la efímera unidad alentada por la vorágine del acontecimiento –la toma de las facultades, el

⁵³ Bensaïd, D., Weber, H. (1969). “El movimiento estudiantil francés. Tipología de los grupos”, en *Mayo 68: un ensayo general* (pp. 57-91). México: Era.



movimiento de ocupaciones, la huelga obrera y su alianza con los estudiantes, las barricadas, etc.– pero no será sino hasta su ocaso cuando se plasmará el quiebre fundamental: la *ruptura* con la experiencia previa, el fin de fiesta, detener el tiempo con la convicción de protagonizar hechos históricos y trascendentales. Lo que siguió a la negación global, la que se expresó en el 68, derivó en el desencanto.

VIII. Bibliografía

Avilés, J., Azcona, J. M., Re, M., eds. (2019). *Después del 68: la deriva terrorista en Occidente*. Madrid: Silex.

Batálov, E. (1987). *Filosofía de la rebelión*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Becker, H. (2018). *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bensaïd, D., Weber, H. (1968). *Mayo 68: un ensayo general*. México: Era.

Berardi (Bifo), F. (2024). *Últimos fulgores de la modernidad. Trabajo, técnica y movimiento en el laboratorio de Potere Operaio*. Madrid: Traficantes de Sueños.

(2007). *El sabio, el mercader y el guerrero. Del rechazo del trabajo al surgimiento del cognitariado*. Madrid: Acquarela & A. Machado.

Blom, P. (2012). *Gente peligrosa. El radicalismo olvidado de la Ilustración europea*. Barcelona: Anagrama.

Bourseiller, Ch. (2022). *Historia de la ultraizquierda. Espartaquistas, comunistas libertarios, situacionistas, neoanarquistas, zadistas, black blocs y otros enemigos del capital*. Madrid: Errata naturae.

Breton, A. (1974). *Manifiestos del Surrealismo*. Madrid: Guadarrama.

Caillois, R. (1969). *Instintos y sociedad*. Barcelona: Seix Barral.

Canteras Murillo, A. (2000). *Sociología de grupos pequeños: sectas y tri-*



bus urbanas. Madrid: Consejo General del Poder Judicial [Cuadernos de Derecho Judicial XI-2000].

Castro Moral, L. (2000). *Terrorismo y afirmación revolucionaria: el caso PCE(r) y GRAPO*. Tesis de doctor en Sociología. Madrid: UNED.

Cohn-Bendit, D. (1987). *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*. Barcelona: Anagrama.

Debord, G. (2000). *In girum imus nocte et consumimur igni*. Barcelona: Anagrama.

Domínguez, M. (2001). “La violencia política de la izquierda europea” en *Argumentos* n° 38, (pp. 5-21). Madrid: Universidad Complutense.

Elorza, A. (2018). *Utopías del 68. De París y Praga a China y México*. Barcelona: Pasado & Presente.

Estefanía, J. (2018). *Revoluciones. Cincuenta años de rebeldía (1968-2018)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Garí, M., Pastor, J., Romero, M. (eds.). (2008). *1968. El mundo pudo cambiar de base*. Madrid: Catarata.

González Calleja, E. (2013). *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo*. Barcelona: Crítica.

Grachov, A. (1987). “Extremismo político”, en *Ciencias Sociales* vol. 70, n° 4 (pp. 131-147). Moscú: Academia de Ciencias de la URSS.

Hounié, A. (2010). *Sobre la idea del comunismo*, Buenos Aires: Paidós.

Ibarra, P. y Tejerina, B. (1998). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Valladolid: Trotta.

Jappe, A. (1998). *Guy Debord*. Barcelona: Anagrama.

Lasky, M. J. (1985). *Utopía y revolución*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lee, A. T. G., Zizek, S. (eds.). (2016). *La idea de comunismo. The Seoul conference (2013)*. Madrid: Akal.

Lee, M. A., Shlain, B. (2023). *Sueños de ácido. Historial social del LSD: la CIA, los 60 y más allá*. Barcelona: Página Indómita.



Lipovetsky, G. (1990). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.

Maffi, M. (1975). *La cultura underground*. Barcelona: Anagrama.

Mialo, X. (1987). “Por el camino de la rebelión: de la protesta al terror”, en *Ciencias Sociales* vol. 67, n° 1 (pp. 239-253). Moscú: Academia de Ciencias de la URSS.

Ortiz-Oses, A., Orensanz, A. (1976). *Contracultura y revolución*. Madrid: Castellote editor.

Peuchmaurd, P. (2025). *Más vivos que nunca. Diario de las barricadas*. Logroño: Pepitas de calabaza.

Piperno, F. (2017). “La angustia de la individuación: notas sobre el movimiento del ‘77” en *Qui e ora* 0. Disponible en: <https://lc.cx/UKvww0> [visitado enero 2026].

Re, M. (2018). “El proceso de radicalización violenta hacia la lucha armada en Italia. De la extrema izquierda a la militancia terrorista”. *SCIO. Revista de Filosofía* n° 14 (pp. 195-221). Valencia [Reflexiones en torno a los procesos de radicalización y terrorismo].

Rouillan, J. M. (2015). *De memoria (III). La breve etapa de los GARI: Toulouse 1974*. Barcelona: Virus.

Sacristán, M. (1976). *Ulrike Meinhof. Pequeña antología*. Barcelona: Anagrama.

Sand, S. (2023). *Breve historia mundial de la izquierda*. Madrid: Akal.

Schiffter, F. (2005). *Contra Debord*. Madrid: Melusina.

Silber, I. (1977). *La revolución cultural: un análisis marxista*. Madrid: ZYX.

Sommier, I. (2013). “La extrema izquierda en Francia e Italia. Los diferentes devenires de una misma causa revolucionaria”, *Ayer* n° 92 (pp. 147-169) [Las izquierdas radicales más allá de 1968]. Madrid.

(2009). *La violencia revolucionaria*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Turner, V. W. (1988). *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.



Vázquez Montalbán, M. (1995). "Fulgor y crepúsculo del *Romanticismo militante*", *El Viejo Topo* n° 84. Barcelona, pp. 51-59.

Vinen, R. (2018). 1968. *El año en que el mundo pudo cambiar*. Barcelona: Crítica.

Walzer, M. (1986). *Éxodo y revolución*. Buenos Aires/Barcelona: Per Abbat.

Wieviorka, M. (1991). *El terrorismo. La violencia política en el mundo*. Barcelona: Plaza & Janes.

Zwerman, G., Steinhoff, P. D., della Porta, D. (2000). "Disappearing Social Movements: Clandestinity in the Cycle of New Left Protest in the U.S., Japan, Germany, and Italy", *Mobilization* vol. 25, n° 1 (pp. 85-104). Chapel Hill.

